

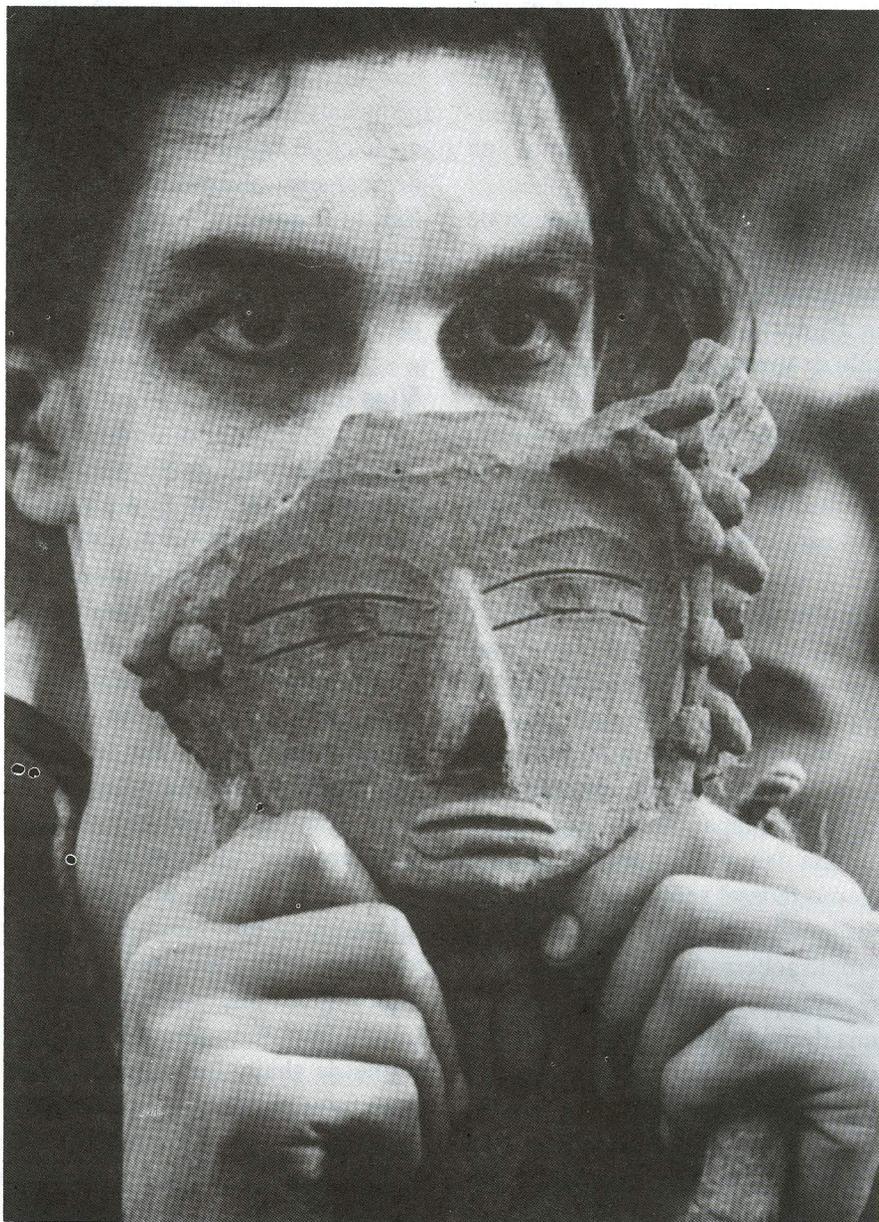
LOS CAMBIOS NECESARIOS

Lorenzo Meyer Cosío*

En los últimos tiempos hemos oído hablar mucho, quizá demasiado, de la reforma del Estado, un concepto que usan tanto los partidos de oposición como el gobierno y en el que parecen estar todos de acuerdo. El problema, sin embargo, es que nadie ha definido lo que entiende por Estado.

México, en realidad, vive un cambio de régimen y esa es la manera de traducir la idea de reforma del Estado, concepto que, no obstante, se sigue empleando porque no causa mayores problemas ni al gobierno ni a la oposición, como si ocurriría si se hablara de un cambio de régimen, pues ello implica, de inmediato, una transformación no planteada, por lo menos hasta este momento, por el gobierno. Ese es el meollo del asunto, que estamos en una parte muy intensa del cambio de régimen, cuyo inicio puede remontarse a 1968 o incluso antes, cuando empezó a mostrar fallas el sistema de control y de procesamiento de las demandas y contradicciones sociales.

El no identificar claramente lo que está ocurriendo como un cambio de régimen, indica ya algo. Quiere decir que hay problemas serios; a diferencia de otras transiciones más



* Investigador y Catedrático de El Colegio de México.

Foto: Antonio Oropeza

dramáticas pero más rápidas y exitosas, en México no se ha logrado que todos los actores reconozcan que se ha llegado ya a un punto histórico en el que lo antiguo no es viable y que hay necesidad de llegar a un acuerdo de fondo sobre el futuro. En la coyuntura actual se insiste, desde el poder, en no reconocer el carácter final de este periodo histórico dándose paso a una lucha entre nada más reformar el arreglo existente o realmente cambiar de régimen.

El cambio conlleva sus propios riesgos; el principal de ellos es que la resistencia, no sólo del Presidente, sino también de los gobernadores, del PRI y de muchos intereses creados a aceptar la idea del cambio en el sentido profundo —someter el ejercicio del poder a la decisión de las urnas—, está creando condiciones de ingobernabilidad.

Es decir, al no hacerse la transición de manera rápida y consensada se va a una transformación de régimen empujada por muchos actores y a veces en direcciones distintas con resultados más o menos insatisfactorios para todos.

Ingobernabilidad en puerta

Las consecuencias de lo anterior, son algunos signos de ingobernabilidad que ya se advierten en la estructura política mexicana. Un ejemplo es el caso de Chiapas, donde es evidente la falta de control por parte del gobierno federal sobre sus propias bases locales priistas, los caciques y el propio gobernador, ya destituido. Pareciera que a nivel federal se toma una decisión y a nivel local se pone en marcha otra cosa: los asesinatos perpetrados en Acteal, por ejemplo. No podemos afirmar que el presidente Ernesto Zedillo estuviera consciente de que se iba a matar a 45 personas, pero los hechos revelan

que en la cadena de mando ya hay tal cantidad de interferencias que los de abajo interpretan como quieren las órdenes de arriba. Éste es sólo un ejemplo, pero hay otros sobre todo en los campos de la procuración de justicia y de la seguridad. En las corporaciones policiacas y en los ministerios públicos la corrupción ha llegado a tal punto que sus intereses son mucho más importantes que las directivas que da el gobierno.

Los jalones son hacia todos lados y la atmósfera que vive México en 1998 es de una gran incertidumbre. Se sabe más o menos que ya concluyó una etapa histórica, pero no hay alguien capaz de garantizar el carácter de la que viene. Queremos democracia, pluralidad, rehacer el Estado de derecho, —alguien podría decir que vivir por primera vez en un Estado de derecho—, pero no estamos seguros de poder conseguirlo.

Vías del cambio

Históricamente, los cambios de régimen se dan a través de dos grandes vertientes: una, la vía más rápida y en cierto sentido la mejor, cuando las cúpulas se ponen de acuerdo, cuando las dirigencias, —tanto de los nuevos actores que luchan por entrar al sistema político, como los antiguos que por un tiempo dominaron de manera no democrática el sistema—, llegan a un acuerdo básico, generalmente para una nueva Constitución, y el grueso de la sociedad da su aceptación a los cambios en las reglas del juego y el nuevo proyecto nacional, como ocurrió, por ejemplo, en España.

En la otra vertiente, el cambio viene de abajo. Las cúpulas no logran un acuerdo pues son muchas las diferencias, los conflictos, y desde las bases de la sociedad se crean movimientos que pugnan hasta hacer inviable el antiguo régimen. Esto

contiene más elementos revolucionarios, aún cuando en esta época ya no se use hablar de revoluciones. Ejemplos del modelo de cambio desde la base, de inconformidades que crecen y se organizan desde abajo, se encuentran con más claridad en Centroamérica. El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Honduras, cambiaron por estas vías de fuerza, de organización de la base social, de las clases populares. Ahora podemos decir que esos países ya dieron el gran salto, ya transformaron sus sistemas políticos pero con costos enormes, de mucha sangre, mucho rencor, mucha rabia que todavía persiste.

En el caso de México estamos en un punto intermedio. A principios de 1995, por ejemplo, se convocó a *Los Pinos* a los tres grandes partidos: Partido Revolucionario Institucional (PRI), y los dos de oposición, el Partido Acción Nacional (PAN) y el De la Revolución Democrática (PRD), y se firmó un acuerdo atestiguado por el Presidente y un grupo de notables. Parecía que las élites mexicanas habían llegado, por fin, a una solución consensada y que cada quien iba a controlar a sus cuadros, a sus bases, pero todo se vino abajo.

En contraste, vemos los intentos que se hacen desde la base, otra vez Chiapas es un ejemplo, pero no es el único. Tenemos una buena cantidad de organizaciones no gubernamentales y observamos el crecimiento sistemático de los dos grandes partidos de oposición. En 1997, por segunda vez (la primera fue en 1988) es la sociedad la que promueve el cambio por medios no violentos y desde la base, principalmente en el Distrito Federal. La premisa es, si no se ponen de acuerdo arriba, entonces se tiene que construir desde abajo.

Así, en esta coyuntura histórica, México se encuentra en un punto intermedio entre ambos métodos:

transición por acuerdo cupular o forzada, obligada por la insatisfacción de las bases convertida en violencia que lleva a la caída del viejo sistema y a la construcción de uno nuevo, no por la vía de la revolución, porque en Centroamérica ninguno de esos movimientos triunfó, pero sí a partir de ella como un detonador.

Un ejemplo de ese punto intermedio, en el que unas veces empujan mucho las fuerzas de abajo y otras parece surgir un acuerdo entre las de arriba, fue el inicio de la actual Legislatura en la Cámara de Diputados cuando el PRD y el PAN, junto con el Partido Verde (PVEM) y el Del Trabajo (PT), lograron acuerdos que dieron un gran avance al cambio político, pero poco después el acuerdo se desmoronó. La situación, entonces, se mantiene en un *zig zag* en el que, sin embargo, ni las bases ni las cúpulas han conjuntado la energía política necesaria para lanzar al país a esa nueva etapa que tanto se busca.

El reto de los partidos

En México, las elecciones pueden ser determinantes y detonantes. La Revolución Mexicana estalló, precisamente, en 1910, el año de elecciones presidenciales. Los comicios del 2000 convocan ya a un punto de inflexión. Por primera vez las próximas elecciones federales deberán reunir tres condiciones: equitativas, sin fraude final y competidas, para que haya credibilidad y puede ser que en ese momento entremos realmente a la siguiente etapa histórica.

Hasta ahora, hemos tenido elecciones competidas, sí, en 1929, 1940, 1946, 1952 y 1988, pero los resultados no tuvieron credibilidad. En las de 1994 ya no hubo el gran fraude, pero no hubo equidad como bien se comprobó después en Tabasco. Los requisitos de las elecciones

reales son, entonces, competencia real, equidad en las condiciones de lucha, y conteo final sin fraude. Sólo así se podrá lograr la credibilidad indispensable para avanzar en el tránsito a la democracia. De este modo, el año 2000 viene a ser ese momento de la nueva convocatoria nacional en el que se requerirá la participación decidida de todos, gobierno, partidos políticos y ciudadanía en general.

Y en este punto, veamos cuáles serán las exigencias a los partidos políticos, actores principales del proceso que se avecina.

A principios del siglo Roberto Mickels definió a los partidos políticos como burocracias que ven primero por sus intereses, después por el de sus bases y finalmente por el de la nación. Organismos que reflejan mal, o muy poco, los deseos y complejidades de la sociedad a los que, empero, hasta ahora ni en México ni en ninguna parte del mundo se les ha encontrado sustituto.

Siempre se puede decir que algo "pudo estar mejor", pero, comparado con el pasado histórico, nuestro país está hoy en una situación mejor con respecto a los partidos políticos. Los dos más importantes de oposición han pasado ya por un proceso muy difícil, por una especie de crisol, y sobrevivieron. Su travesía por el desierto fue larga y de dos naturalezas distintas. El PAN empezó en 1939 como un grupo de presión por la democracia, pequeño, urbano, clase media, de profesionistas, muy identificado con los principios católicos. Poco a poco fue creando una base que lo ha convertido en un verdadero partido político. Tiene ya presencia nacional y logró, en medio siglo, pasar de una agrupación minúscula a una organización que en cualquier sistema político se le considera ya un partido fuerte. El PRD tiene menos

tiempo, pero su experiencia fue más intensa porque nació del Frente Democrático Nacional (FDN) para lanzarse de lleno contra el poder. Intentos similares en el pasado terminaron en fracaso. Fueron los casos del vasconcelismo, del almanismo, y de los movimientos promovidos por Ezequiel Padilla y Miguel Enríquez Guzmán. Movilizaron, organizaron, se enfrentaron, pero tras el gran choque desaparecieron.

El Frente Democrático, en cambio, nace, se organiza contra corriente, choca, el choque es brutal, pero no destruye a la organización. Es la primera vez que un movimiento así sobrevive aun en condiciones tan adversas como las que le impuso el salinismo. Una vez arraigado, ya como Partido de la Revolución Democrática, viene una época de crecimiento, que es la actual. El poder presidencial ya no es el mismo de Carlos Salinas, el sistema ya no puede tratarlo con la dureza extrema del inicio, ahora tiene una amplia credibilidad en sectores importantes de la sociedad.

La incógnita es el PRI, porque esa organización todavía no pasa del todo por su crisol. De ser una dependencia gubernamental, manejada desde, por y para el gobierno, con recursos oficiales y con recursos humanos del aparato burocrático, está pasando a ser un partido político. Sin embargo, para sobrevivir tiene que hacerse partido en serio, desprenderse de su dependencia del gobierno. Pero lleva ya mucho tiempo intentándolo sin lograrlo. No existen indicadores objetivos de que el PRI llegará al 2000 como un partido real o si continuará como el PRI de siempre.

De mantenerse sin cambios, el PRI y el gobierno podrían intentar manipular de nuevo el proceso electoral con las formas tradicionales, pero le restarían credibilidad a las

elecciones y se pospondría la transición, otra vez, con el peligro de aumentar la ingobernabilidad. Sin embargo, la debilidad que ya se advierte en el Revolucionario Institucional y el fortalecimiento de los dos principales partidos de oposición pueden llegar a crear las condiciones necesarias para que el proceso electoral sea lo que apuntamos antes, imparcial hasta donde es humanamente posible, sin fraude, bien competido y con resultados creíbles.

El factor Chiapas

Para bien y para mal Chiapas es, geográfica y socialmente, una parte mínima del entorno global. Por razones muy complejas, la sociedad mexicana no está muy conectada con la problemática chiapaneca. En el peor de los casos, de continuar la situación actual, el problema incidirá en el proceso electoral, pero no lo echará abajo.

Ilustramos con un ejemplo que, aun cuando no es exactamente equiparable, algo nos dice. En el país vasco sigue sin solución la demanda de los independentistas y la ETA continúa sus operativos, la sociedad está dividida, los enconos son muy grandes, pero España en su conjunto, el sistema en su conjunto, funciona bien. Es decir, que puede darse el caso de una sociedad con una parte muy dañada, pero si es minoritaria, el resto puede neutralizarla, relativamente, pero en México Chiapas no está tan aislada del resto.

El Ejecutivo no puede mantener el "ni los veo ni los oigo" y dejar que el tiempo resuelva el problema, porque el tiempo lo que ha hecho es agravarlo. Si tiene un mínimo de inteligencia, el poder central debe resolver el conflicto o empezar a resolverlo para cuando llegue esa gran convocatoria que es el año 2000.

Por razones internas y externas, por la propia globalización, el presidente Ernesto Zedillo no puede darse el lujo de seguir sin solucionar Chiapas y, a la vez, pretende intensificar la relación con Europa y mantener el acuerdo con Estados Unidos.

Las tareas del PRD

Con la destrucción del socialismo, la desaparición de la URSS y del bloque de la Europa del Este, la izquierda perdió si no toda, por lo menos una parte importantísima de su bandera y de su lógica. Ahora, no tiene ya un paradigma, teórico ni práctico tan claro como el de la economía de mercado o el neoliberalismo, y carece de respuesta para el tipo de conflicto económico y de proceso económico en el que estamos inmersos.

El Partido de la Revolución Democrática, que en buena medida habla por la izquierda mexicana, afronta en esta materia un problema serio. A diferencia del PAN que concuerda con el proceso económico sin cuestionar sus metas y sólo pretende una administración honesta, el De la Revolución Democrática rechaza ese proceso por sus resultados crecientes de marginación, pobreza extrema y concentración de la riqueza.

Sin embargo, sin la presentación de una alternativa teórica y práctica se queda únicamente en la crítica, pero ¿qué propuestas distintas hace?, ¿rechazar el Tratado de Libre Comercio (TLC)?, ya no se puede.

Pero éste no es un problema exclusivo del PRD, lo es de cualquier partido de izquierda, sea el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en España o los socialistas en Francia. ¿Cómo presentar un proyecto político alternativo si no se tiene la claridad de la alternativa económica? Tal vez no es necesario desarrollar un modelo económico enteramente dis-

tinto, sino una variante del actual y asumirlo como tal. Una variante de la economía de mercado y magnificar las diferencias con la actual. Es decir, no volver a cerrar el país ni retirarlo del TLC, pero sí encauzarlo en un rumbo distinto.

Lo importante de un proyecto económico del PRD no es sólo que se discuta a nivel interno, sino que sea entendido por el chofer, la oficinista, el dentista, todos los posibles votantes, que sepan de una propuesta económica propia, no del gobierno, que puede no ser 180 grados distinta, sino 30 ó 40 grados, pero que la diferencia exista y que valga la pena luchar por ella. Ese es el proyecto del México del Siglo XXI, pero de una manera realista, ya no se puede usar la retórica del pasado sobre los males del capitalismo y los beneficios de su desaparición.

En esta disyuntiva, el problema es serio para el PRD. El PAN sólo afirma que su proyecto de hace años se cumple ahora, y tiene razón. Por su parte, el PRI ni siquiera debe tomar una posición porque si en un tiempo fue estatista, populista y de economía cerrada y nacionalista, ahora ya cambió, sus banderas de hoy son el TLC, la globalización, el mercado y la venta de paraestatales.

Por ello, las actuales propuestas del PRD, sin dejar de ser importantes, lo desdibujan. ¿Qué propone? ser mejor administrador, más honesto, cumplir mejor las normas, atacar la corrupción, pero ¿cual sería la diferencia entre el PRD y un PRI decente, que ya no fuera corrupto?

Ese es el punto que se debe resolver porque la esencia de la democracia es tener una diversidad de actores, pero también una diversidad de proyectos para que el votante pueda elegir entre alternativas reales.

